

Movilización, autoorganización popular y ética de la responsabilidad

Félix Rodrigo Mora. Pensador comprometido y escritor. Madrid

Lo pertinente es tratar sobre la ética de la responsabilidad desde la experiencia, dejando en un segundo plano teorías y libros. Un enfoque vivencial y ateorico no excluye la cavilación erudita, pero dada la gran importancia y acuciante actualidad de esta materia es más apropiado partir de lo vivido. En consecuencia este artículo es, en lo principal, una elaboración experiencial.

La práctica social de los últimos decenios, en particular la que pretende ser innovadora y revolucionaria, pone de manifiesto que en los proyectos de movilización social suele fallar el sujeto real, la persona. Esta, de promedio, no está a la altura. Incluso si los programas, estrategias, modos de organización y líneas de acción son aceptablemente buenos, la escasa calidad del sujeto, propia de las sociedades contemporáneas, se manifiesta como notable factor limitante. En la sociedad de los seres nada, fabricados desde arriba,

acontece lo esperado, que estos no son apropiados para cambiar la sociedad ni cambiarse a sí mismos¹.

Por tanto, el ideal plutarquiano de “*vencer por virtud*”, que formula una norma de significación universal, es hoy inaplicable a causa del declive de la calidad y valía del individuo real, de la virtud personal y, en consecuencia, de la virtud cívica. Ello equivale a decir que la transformación social cualitativa no es posible.

La persona responsable sujeto de la historia

Hacerse responsable incluye, en primer lugar, la idea de respuesta. Respuesta con palabras y sobre todo con actos. El sujeto responsable se moviliza para ofrecer contestaciones a los males del mundo y lo hace desde sí y por sí, sin esperar a que alguna estructura se decida a intervenir. Ser responsable es tomar decisiones, arriesgarse, aceptar el desafío, entrar en combate. Ser irresponsable es dejar que sean otros quienes se hagan cargo de las dificultades, refugiarse en la inacción, la molicie o la cobardía. Es callar y no actuar cuando hay que decir y obrar.

El sujeto responsable se moviliza para ofrecer contestaciones a los males del mundo y lo hace desde sí y por sí, sin esperar a que alguna estructura se decida a intervenir

Las corrientes objetivistas y mecanicistas en boga –aunque cada día más desacreditadas en la práctica– conciben la transformación social como un acontecer sin sujeto. Para aquellas el individuo es meramente efecto de determinismos y automatismos pero no substancial factor causal, de manera que su perfeccionamiento consciente y deseado está desprovisto de significación. Por eso no consideran que la autoconstrucción de la persona sea precondition dialéctica de la revolucionarización de las sociedades. Porque la experiencia muestra que sin realizar una edificación pre-política del individuo la acción política radical no puede alcanzar resultados, aunque sí la social-

demócrata.

Lo expuesto no debe entenderse como una concepción instrumental del sujeto, que sería relegado a simple medio o utensilio para hacer viable y exitoso determinado batallar político. El individuo, su óptima realización social e individual, es tanto medio como meta pero sobre todo meta, pues la creación de una sociedad libre y autogobernada tiene como primera finalidad hacer posible que la persona se mejore de manera sustantiva. A fin de cuentas el cambio social es procedimiento para lograr dicho objetivo, un sujeto de

¹ Para la interpretación del ser nada de la modernidad, o criatura metódicamente nadificada que está en trance de perder los atributos específicos de lo humano, remito a mis libros “**Crisis y utopía en el siglo XXI** y **La democracia y el triunfo del Estado**”, [www.felixrodrigomora.org].

calidad, un ser humano en posesión de sus atributos esenciales, capaces de plasmar lo humano en sus formas superiores.

La ética de la responsabilidad

Para la elevación cualitativa de la persona desde el lastimoso estado en que hoy se encuentra es necesaria la ética de la responsabilidad. Este vocablo es polisémico pues tiene diversas acepciones. La principal para lo que nos ocupa enuncia que el sujeto se hace cargo por sí y sin eludir, esquivar o delegar nada importante de los grandes problemas, acordando consigo mismo hacerlos propios en su pensamiento y quehacer. A la pregunta sobre quién debe intervenir, el sujeto responsable contesta con palabras y con actos, “yo me hago responsable, yo me comprometo”².

El sujeto es responsable cuando es consciente de sus obligaciones y cuando ordena su práctica desde ese ser consciente.

Es decisivo que el individuo no descargue su responsabilidad en otro, sea lo que sea ese otro: partido, parlamento, políticos, votaciones, asamblea, “líderes”, los demás, intelectuales, etcétera. **Un efecto negativo más del sistema representativo, o parlamentarista, es que al sujeto se le alecciona y, sobre todo, amaestra, en delegar, en renunciar a hacerse responsable.** Son los políticos profesionales, se nos dice, quienes han de resolver los problemas y al sujeto, construido como patética criatura irresponsable por la naturaleza misma del sistema, se le deja la opción de protestar, nunca la de hacer lo que debe hacerse por él mismo, sólo y con el concurso de sus iguales.

En consecuencia, el régimen constitucional y parlamentario, al reducir la persona a espectador y a votante, como mucho a crítico impotente y banal, lo niega como actuante y por tanto como responsable. Lo que resulta de todo ello es adverso para la calidad del individuo, al que no se le permite comprometerse ni intervenir por sí mismo. Sin individuos con una práctica social lo más rica posible no puede haber personas competentes, no es hacedero constituir sujetos de virtud. El orden político actual promueve estructuralmente la irresponsabilidad y la pasividad, la apatía y el egotismo, la infantilización y la ineptitud, no sólo a través del régimen parlamentario y partidocrático sino también con el Estado de bienestar, el régimen salarial, el sistema educativo, el alcohol y las drogas, la mayor parte de la tecnología y la industria del espectáculo, por citar sólo los factores más importantes encaminados al rebajamiento del sujeto a objeto, de la persona a cosa, del ser humano a ser nada.

² Es excelente lo que expone J. Fletcher en “**Responsabilidad moral. La ética de la situación en acción**” (Ariel, 1973): “en toda situación la pregunta realmente decisiva no es tanto: ¿Qué he de hacer?, como ¿qué he de hacer yo?”. En última instancia, tal reflexión hace referencia al ideal evangélico sobre que cada cual tome su cruz, esto es, asuma sus responsabilidades, se atreva a ser inteligente, responsable y fuerte, no tema al dolor, no delegue nada importante, opere por sí mismo y no espere a que otros, instituciones o personas, solventen los problemas.

Bajo el actual orden, en consecuencia, la virtud cívica, lo mismo que la virtud personal, languidece y se extingue. Así se crea el vacío ético de las sociedades pretendidamente avanzadas.

Organización basada en personas

Uno de los remedios a tales males, sustantivos y temibles, pues afectan al ser humano en su esencia, es desarrollar y promover una ética, esto es, una costumbre social y personal, unos hábitos bien incardinados en el diario existir, que recuperen la noción de responsabilidad como componente axial de la acción transformadora, para que la lucha política retorne a ser un factor de mejora y realización de la persona.

Examinemos un caso particular. No hay democracia sin asamblea y no hay orden democrático sin asambleas omnisoberanas. Las formas asamblearias actuales no son tales ni mucho menos y no pueden serlo debido a que el sistema actual es representativo y partitocrático pero no democrático. Junto a esta carencia, aquellas, además, manifiestan las lacras derivadas del actual sistema y del actual sujeto, por causa de la construcción **institucional del individuo irresponsable**. Este también suele delegar en la asamblea, en los casos en que se suma a ella, sus obligaciones y responsabilidades como persona, en primer lugar la de reflexionar y adquirir compromisos. Asiste a ella considerando lo que va a recibir intelectual y emocionalmente y no, o mucho menos, lo que puede aportar. No realiza el esfuerzo previo de meditar en soledad los temas debatidos (dos horas por cada hora del encuentro asambleario) porque no se hace responsable de ellos.

Los procedimientos asamblearios, para serlo realmente, demandan un sujeto de gran aptitud integral, del mismo modo que los modos parlamentarios, para ser estables, exigen una persona altamente nulificada. Por tanto, quienes desean dar el salto de los segundos a los primeros sin comprender que la actitud del sujeto ante la asamblea ha de ser cualitativamente diferente a la mantenida ante los partidos políticos, ante las elecciones "libres" y ante el parlamento, se equivocan. Son prácticas políticas cualitativamente diferentes que demandan sujetos sustantivamente distintos, el ser nada en el caso del parlamentarismo y el sujeto de virtud en el asamblearismo.

La ética de la responsabilidad implica actividad, compromiso, valentía, asumir las cargas (en particular las más duras y dificultosas), espíritu de servicio, voluntad de comprometerse y responsabilizarse. Y eso ha de hacerse sobre todo desde el yo, ni siquiera desde algún "nosotros" en el cual el sujeto se difumine, embosque y disuelva. Fletcher tiene razón: la clave está en lo que el yo asuma, admita y realice, por lo que responda y sobre lo que se responsabilice.

La actividad organizativa, en las condiciones actuales, suele nulificar al sujeto que encuentra en lo colectivo una forma asequible de hacerse irrespon-

sable y pasivo, de degradarse a sujeto-masa. Por eso la casi totalidad de las organizaciones se componen de una multitud amorfa y gris, constituida por sujetos no-autoconstruidos, dirigida por "líderes". Esto es adecuado al régimen parlamentarista y a la dinámica de la política socialdemócrata, destinada a sustituir un modo de dominación por otro y un tipo de capitalismo por otro, pero no sirve si se desea acometer una revolución suficiente del orden social y político. El sujeto actual es gregario pero no sociable, y una causa de ello es que no se sitúa al individuo mismo, a la persona real-concreta, en el centro de todos los procesos emancipadores.

Es la persona y no la organización, y la organización a través de la persona, la que debe ocupar el lugar decisivo.

Muy a menudo nos topamos con ideas y prácticas que se dicen colectivistas y que carecen de una idea, noción y proyecto de lo que debería ser el sujeto en tanto que sujeto. Consideran lo colectivo pero no, al mismo tiempo, lo individual. En consecuencia, de la doble dimensión propia de lo humano, grupal y personal, se ignora la segunda mientras que la primera, por causa de tan insensato ignorar, resulta esencialmente dañada. Porque sin sustentarse en el individuo autoconstruido no puede haber colectivismo, ni siquiera puede darse vida asociativa y comunal digna de tal nombre.

La naturaleza degradada y degradatoria del actual orden social se manifiesta en que no posee una noción al mismo tiempo reflexiva y práctica sobre el sujeto

La naturaleza asombrosamente degradada y degradatoria del actual orden social se manifiesta en que no posee una noción al mismo tiempo reflexiva y práctica sobre el sujeto, más allá de su adoctrinamiento y amaestramiento inmisericordes. Todas las sociedades la han tenido pero la nuestra, que se supone que es "superior" y "más avanzada", carece de ella...

Así pues, ya tenemos una cadena causal, el cambio social cualitativo lo promueve el individuo y los colectivos edificados sobre la base de una idea magnífica del individuo. Pero no puede haber sujeto de calidad sin implementar una ética de la responsabilidad, uno de cuyos componentes es la admisión de que el individuo real, por sí mismo, él, ajeno a toda organización, es factor decisivo y elemento fundante. Aceptado esto hay que examinar y dotar de estructura los procedimientos por los que se puede autoconstruir el sujeto.

Tal recuperación de la crucial significación de la persona nos sitúa en el corazón mismo de la cosmovisión propia de la cultura occidental. Esta se caracteriza por otorgar una importancia decisiva al individuo, al que se quiere libre para que sea responsable, por tanto, poderoso, creador y eficaz. Tan emancipadora noción ha sido sustituida por un enfoque gregario, despersonalizado y de rebaño, conforme al cual el sujeto es concebido sólo como número o parte de un conjunto político, organización, asamblea o partido, al que

se añade no para contribuir con sus capacidades sino meramente en tanto que sumando. Es la sinrazón del número de votos y el número de manifestantes, formas degradadas de acción política. Para portar una pancarta socialdemócrata vale cualquiera, para realizar la transformación revolucionaria del orden vigente el sujeto debe revolucionarizarse a sí mismo y a sí misma, pues no puede haber cambio social integral sin transformación personal.

En ese universo de lo rebañiego, borreguil e impersonal el desventurado ser nada mira en torno para encontrar remedio a sus males en el exterior de sí y sin contar con sí. Busca al partido o sindicato que le prometa

En el actual orden, el sujeto es concebido sólo como parte de un conjunto político, organización, asamblea o partido, al que se añade no para contribuir con sus capacidades sino meramente en tanto que sumando

redención, la asamblea que le liberará de jefes manipuladores, la ideología que le va a aportar la luz, el colectivo en que sentirse a gusto y realizado, el novísimo proyecto que dará sentido a su vida... Al ignorar que es él el elemento principal causal de su propia emancipación está manifestando que sigue siendo un esclavo que ama sus cadenas. Porque él por sí mismo, y dentro de sí mismo, tiene los elementos necesarios para realizarse como ser libre. Sólo falta que tenga confianza en su propio yo, que se

atreva a pensar y a obrar como sujeto soberano, que asuma compromisos, defina deberes y adquiera responsabilidades.

Si no lo hace, si escoge la vía del sonambúlico obrar heterónomo, si se engolfa en el embeleco de "los derechos"³, el victimismo y el escamoteo de su disposición para dar un día sí y otro también un paso al frente musitando en obras "me hago responsable", entonces se está constituyendo como ser degradado y sujeto inútil, cuando no pernicioso, para promover el cambio social.

³ Todo derecho es otorgado, además mantenido y garantizado, por una fuerza exterior, el ente estatal, lo que construye al sujeto como ser dependiente, por tanto débil, en consecuencia sometido por partida doble. Los deberes políticos, cívicos y morales, al ser asunciones de obligaciones que la persona se autoimpone, desarrollan a aquélla. Pensar exclusivamente en términos de derechos es propio de los esclavos, mientras que hacerlo, sobre todo en términos de deberes autoadmitidos, es específico de personas soberanas que conciben la libertad como logro de las propias capacidades, pero no como lo que alguien les otorga. Por eso la célebre "**Declaración de los derechos del hombre y el ciudadano**" de la revolución francesa, 1789, inaugura la época de la moderna servidumbre, en la que el sujeto delega en el Estado la salvaguarda de la propia libertad, haciéndose así criatura del Estado y ente no libre porque renuncia a serlo por sí. La libertad por naturaleza no se delega y al no delegarla se consigue que el individuo cultive las virtudes de la fortaleza, la responsabilidad y la sabiduría práctica. El sujeto hiperdócil y superdébil de la contemporaneidad elude admitir que su libertad real no queda garantizada por el Estado sino por su resistencia y oposición al Estado, y que este le tolerará algún grado de libertad mientras tema su acción insurgente, vale decir, mientras lo considere fuerte, solidario, capaz, inteligente, moral y responsable. Por eso el camino hacia el totalitarismo pasa por la desarticulación, desestructuración y destrucción de la persona, hasta el punto que la penosa realidad hoy de los seres nada, o individuos perfectamente irresponsables e ineptos, mide el nivel de totalitarismo político y despotismo de Estado que padecen nuestras sociedades.

Transformación personal y transformación social

La ética de la responsabilidad aplicada a la acción transformadora demanda, en primer lugar, admitir que lo más importante es el sujeto, la persona, hasta el punto que de su calidad autoconstruida depende casi todo. Sujeto de virtud es el individuo que se hace responsable, de manera que una ética de la responsabilidad es parte necesaria de la panoplia de las fuerzas realmente revolucionarias, hasta el punto que se puede sostener que quienes no la tienen y no se ocupan de tenerla es porque carecen de un proyecto revolucionario.

El descubrimiento de las potencialidades, por lo general ocultas, de cada persona es elemento determinante en toda estrategia de transformación social. Se trata de situar al individuo en el centro y de construir desde el sujeto los demás elementos necesarios para lograr el cambio. Si la persona es lo primero y principal, la acción individual es la decisiva y la que debe primar por encima de cualquier otra.

Admitido esto la acción colectiva debe consistir en un encuentro societario de personas que ya por sí mismas están realizando un obrar transformador individual, desde la autoexigencia, el esfuerzo, el rigor, la reflexión y la responsabilidad. Su voluntad de organizarse ha de salvaguardar en cualquier circunstancia dicho obrar, no pudiendo consistir en un sumergirse en estructuras en las que diluir las propias capacidades y responsabilidades. Un colectivo bien organizado no otorga órdenes ni siquiera directrices a sujetos pasivos y abúlicos, o meramente reactivos, sino que se nutre de la acción independiente, creativa, inteligente y autónoma de todos y cada uno de sus integrantes. Si una organización no es una suma de personas que han interiorizado y convertido en compromisos y esfuerzos concretos la moral de la responsabilidad su existencia carece de significación y validez.

Es cada sujeto, ella o él, a solas consigo mismo y enfrentado al tribunal de la propia conciencia, el que tiene que demandarse y exigirse creatividad cavilativa, dinamismo, audacia, compromiso, ideas innovadoras, actos transformadores, asunción de riesgos. Es cada uno quien debe marcarse metas, admitir retos y asumir padecimientos, para hacer de la propia vida una suma de acciones personales de eficacia emancipadora.

Esta revalorización del sujeto real, concreto, no del sujeto abstracto de ciertas escuelas filosóficas, lleva aparejado una desvalorización meditada de lo hasta ahora tenido por imprescindible en la acción social, elementos que una y otra vez manifiestan su negatividad en la experiencia. En primer lugar de las teorías e ideologías, construcciones verbalistas de las autoridades académicas que anulan y ahogan las capacidades pensantes y sintientes del sujeto. Cada persona está provista de un grado razonable de inteligencia natural, que además puede fomentar conscientemente, y posee una experiencia vivida que otorga fundamento a su pensar. Con eso le basta para desenvolverse en las

actividades de cambio social. La reflexión atórica es liberadora de las mentes, por tanto, de las conductas. Sin teorías es con el entendimiento abierto a la realidad, a la experiencia, a la verdad, y por tanto a la eficacia.

En segundo lugar hay que someter a examen escéptico todo lo que sea organización, colectivo y actividad grupal, como se ha expuesto. Porque suele ser, en las condiciones actuales, la tumba de la acción autónoma de la persona, el final de su creatividad, el despeñadero del sujeto que se responsabiliza en tanto que sujeto. El futuro de la labor transformadora ha de venir de la confluencia de los individuos que se comprometen en actos, compartiendo nociones generales experienciales, análisis estratégicos, programas, fórmulas emancipadoras y metas sublimes con otras personas, aunque conservando siempre la independencia individual y el compromiso particular. Sólo en un segundo momento, cuando haya quedado bien probada la capacidad individual de cada una y cada uno es legítimo pasar a erigir estructuras colectivas de nuevo tipo.

Desarticulados los elementos que oprimen o niegan al sujeto y restablecido el principio de la libertad individual como sustento de la responsabilidad o el compromiso están creadas las

condiciones para restaurar la sociabilidad, el colectivismo y la vida asociativa, política y no política, sobre una nueva base.

El encaramiento y confrontación con el poder constituido que se apoye en dos elementos, la fuerza de lo individual y la potencia de organizaciones edificadas desde el sujeto autónomo, muy probablemente estará en condiciones de multiplicar los logros de toda naturaleza. El primero de ellos podría ser el hacer de la asamblea una comunidad humana

Por su misma naturaleza, la organización asamblearia demanda un sujeto que se hace responsable y no mediocridades pasivas, parasitarias y huidizas, o irreflexivas, egocéntricas y verbosas

y una experiencia verdaderamente emancipadoras. Por su misma naturaleza, la organización asamblearia demanda, como se dijo, un sujeto que se hace responsable y no mediocridades pasivas, parasitarias y huidizas, o irreflexivas, egocéntricas y verbosas, de manera que no puede haber asamblea sin virtud cívica, como no puede haber virtud cívica sin virtud personal. Eso es lo excelente de la asamblea, que es por sí misma un reto, al sólo ser viable como realidad auténtica y no en tanto que parodia, con un sujeto autoconstruido como persona de calidad.

El sujeto capaz de hacerse responsable tiene que tener, por necesidad, una rica vida interior, un mundo de lo espiritual particularmente activo. Los seres construidos desde fuera se manifiestan en la práctica social como sujetos insustanciales y por tanto incompetentes que han de llenar su dramático vacío interior con un consumo enardecido de activismos, organizaciones,

asambleas, manifestaciones, denuncias, campañas en la calle, arrastre de pancartas, etcétera. Así evitan entrar en contacto consigo mismos, mirar en su propio interior y hacerse sujetos conscientes, además de promover políticas socialdemócratas negando la revolución.

Estas personas deben ser invitadas a suspender su frenesí, mirar hacia su interior, cultivar el espíritu, revalorizar su yo, apreciar el silencio y la soledad. A edificarse desde sí y desde dentro, a dejar de ser autómatas politicistas para elevarse a sujetos agentes, o seres humanos auto-realizados e individuos creadores de bien, virtud y revolución. El fracaso práctico de tales individuos, y de quienes de ellos se sirven en tanto que carne de cañón, es ya visible.

El sujeto demandante de remedios ajenos al propio comprometerse, obrar y penar debe ser persuadido de que hace él las tareas del cambio social o se quedarán sin hacer. También porque de otro modo es caer en el parasitismo y explotar a los otros. Es de listillos e inmorales esperar a que otros se responsabilicen para luego disfrutar de unos logros que no provienen del propio padecer y actuar. Quienes así piensan manifiestan ser gentes de mentalidad burguesa que, como suele suceder, medran con el esfuerzo ajeno.

Edificación de personas responsables

Acordado que la transformación social integral la hacen, según muestra la experiencia histórica, mucho más los individuos que las organizaciones o partidos, pasemos a establecer algunos de los rasgos que permiten a la persona edificarse por sí misma. El primero es, como se ha dicho, hacerse responsable por hábito, asumir deberes y obligaciones. Esto es básico pero no suficiente. Además es necesario eludir el victimismo, asombrosamente destructivo del individuo, al que hace irresponsable, infantil, dependiente e incapaz, esto es, un adelantado ser nada.

El victimismo está siendo usado, en particular, contra las mujeres por el orden neo-patriarcal y sus agentes. Es dejado de lado cuando el sujeto admite valerosamente ser co-responsable de su propia opresión tanto como co-responsable del mal general del mundo y no sólo víctima, lo que le demanda considerarse autocriticamente, renunciar a culpabilizar en exclusiva a otros, autoconstruirse como persona y hacerse cargo de su propia mejora y emancipación. Sentirse responsables, e incluso culpables, forma parte del proceso de emancipación.

En lo positivo una ética de la responsabilidad ha de contener como elementos para la autoconstrucción del sujeto el desenvolvimiento de la vida interior de la persona, donde se sitúa la interpretación de sí mismo como ser "*bipartido*" (Beato de Liébana), o criatura escindida interiormente por una lucha perpetua entre el bien y el mal, de manera que el sujeto, por ser onto-

lógicamente "*bipartido*", nunca puede entenderse como realizado o acabado sino como en contienda permanente consigo mismo, o combatiente en contra de su propio mal interior.

Cultivar el espíritu, como labor individual y al mismo tiempo colectiva, para poner remedio a la miseria anímica y desintegración psíquica del individuo de las sociedades contemporáneas⁴ es parte de cualquier programa revolucionario. Conviene admitir lo obvio, que la política por sí misma es insuficiente para resolver lo político, y todavía mucho más insuficiente para tratar los problemas de la persona en particular y de lo humano en general.

En consecuencia, el politicismo, en tanto que exacerbación del significado y validez de la acción política, no resulta válido en una estrategia revolucionaria. Ésta, si lo es realmente, debe tener una poderosa vertiente no-política, en la que los valores, la ética, la espiritualidad, lo convivencial integral y la autoconstrucción del sujeto han de desempeñar una función decisiva.

El vacío espiritual constituido en las sociedades desarrolladas no ha devenido sin ser promovido. Antes al contrario, ha sido fomentado e impuesto desde el poder como elemento para la salvaguarda del orden establecido. Sin su superación no puede haber cambio político cualitativo. Este demanda hacerse responsable también de re-espiritualizar al sujeto y a la sociedad. La responsabilidad como criterio ético, a fin de cuentas, es un valor, y únicamente una sociedad fundamentada en valores, y no en disvalores como la actual, puede abrir el camino a un flujo revolucionario.

La revolución axiológica es parte fundamental de una revolución política. Por su significado como imprescindible factor auxiliar en la política y, sobre todo, por su valor como fin en sí para el conjunto de la existencia humana.

Así pues, hay dos maneras de concebir el compromiso político. Una es la politicista y la otra es la integral. La primera o no lleva a nada o lleva a algo incluso peor, a sustituir un régimen de dominación por otro más vesánico, con una nueva burguesía en el poder todavía más ávida de ganancias, dominio y violencia, como fue el caso de la Unión Soviética y actualmente China.

La idea politicista está en sus últimos momentos, por más que se sustente en una cerrazón fanatizada, aparentemente "*sólida*" por estar subsidiada desde el poder, pues este se blindó también a través del politicismo. Tiene que ser sustituida por un nuevo enfoque del compromiso político cuyos

⁴ Al respecto, "*Antropomanía. En defensa de lo humano*", Heleno Saña. Una de las más valiosas aportaciones de este autor, que aplica el sentido común a los grandes problemas, es su enérgico discrepar con el epicureísmo y el hedonismo, ideologías hostiles a la noción de responsabilidad. Al sostener, en "*Breve tratado de ética*", que "*la vida es inseparable del dolor*" y que "*el esfuerzo y el dolor son creativos*" está formulando verdades fundantes que han de formar parte de futuras sistematizaciones de una ética de la responsabilidad. Al recordarnos el "*aprende sufriendo*" de Esquilo está revolucionarizando la fúnebre majadería en curso sobre que la existencia, y por tanto la acción política, pueden y deben ser una "fiesta" permanente. Sin hacerse con una interpretación realista y no ideologizada de la función del dolor en la existencia humana es imposible que el acto de responsabilizarse sea lo suficientemente sólido, regular y universal.

fundamentos, en aras de concisión, podrían definirse según los puntos que siguen:

- 1) lo decisivo es el sujeto,
- 2) si el sujeto es lo que cuenta, lo esencial es su calidad autoconstruida,
- 3) la parte pre-política y no-política de la vida humana es decisiva para la política revolucionaria,
- 4) la ética de la responsabilidad es fronteriza, a la vez política y exterior a la política,
- 5) desarrollar la vida interior es condición previa de la eficacia del compromiso con la sociedad,
- 6) el final de los dogmatismos, teoricismos y partidismos resulta inexcusable.

La política politicista, que es la habitual en los ambientes progresistas, tiene dentro de sí una lacra terrible, el altísimo grado de destrucción personal que ocasiona. La militancia deja al sujeto que en tal enredo se introduce, sólo al cabo de unos pocos años, en un estado de trituración y empobrecimiento, de embrutecimiento y nadificación personal tan desmesurados que resulta penoso de contemplar. Las entregadas al politicismo son vidas malogradas. La política y los partidos de Estado se han hecho enormes trituradoras de seres humanos, poderosas picadoras de personas, elementos decisivos en la producción seriada de seres nada.

Una vida interior propia y autónoma, autotreada y no tomada de otros, es precondition del hacerse responsable. También lo es la confianza en uno mismo y una misma como persona, lo que suele ser negado por la falsa creencia, tan común, de que la política es cosa "colectiva", y que el sujeto en tanto que individuo no es capaz de transformaciones sustantivas. Nada más erróneo pues, según se expuso, en los momentos críticos de la historia son personas concretas las que salvan las situaciones, mientras que las estructuras y formaciones políticas se suelen tornar inoperantes, cuando no negativas. Es de notable importancia estimular a los individuos a confiar en su propio pensar y obrar, por ejemplo, con una pedagogía de lo positivo, superante del desamor y crueldad del "pensamiento crítico".

En definitiva lo que se necesita es una nueva concepción del sujeto, asunto que tiene que ser uno de los cimientos de la moral de la responsabilidad. Paralelo a ello se ha de promover el planeamiento individual de una rica actividad interior, que incluya tiempos para la reflexión cognoscitiva, periodos de soledad, prácticas de autodominio del propio mal interior, establecimiento de metas espirituales, autoanálisis, ejercicios ascéticos, fijación de hábitos de

La política politicista, que es la habitual en los ambientes progresistas, tiene dentro de sí una lacra terrible: el altísimo grado de destrucción personal que ocasiona

autodisciplina, relación de deberes autoimpuestos⁵, vigorización de la voluntad, ejercitación en lo convivencial y amoroso así como otros procedimientos de intensificación personal, conocidos desde hace miles de años y que la sociedad contemporánea, en su homicida fobia a lo humano y su descomunal destructividad de los factores de la civilización, ha arrinconado e incluso de facto extinguido.

Así podrá existir un yo responsable, habituado a hacerse cargo de los problemas del mundo y capaz de ir respondiendo de forma autoelegida a los retos. Al mismo tiempo, es en el ejercicio de responsabilizarse donde, sobre todo, se puede forjar el sujeto cívico que nuestro desventurado tiempo necesita para hacer que el bien logre, aunque sólo sea un poco, hacer retroceder al mal.

El estudio de la historia muestra que en las sociedades donde la responsabilidad individual es un valor respetado y aplicado florece el dinamismo personal y grupal, la alegría y la convivencialidad, mientras que en aquellas, como la actual, en que la irresponsabilidad resulta ser un disvalor en auge se expanden la tristeza, la abulia, la soledad patológica y el desamor.

Sobre los fundamentos expuestos, la autoorganización popular y la movilización de los desposeídos y dominados podrán elevarse a nuevos estadios de creatividad y eficacia. Lo cierto es que la vieja política está agotada, salvo en su capacidad de estructurar modos maquiavélicos de ir enganchando al pueblo a las diversas propuestas e imposiciones del poder constituido. La nueva está por construir. **Ha de manifestarse en la forma de un giro copernicano respecto a lo hoy conocido.**

Urge sistematizar una ética de la responsabilidad, y desarrollar un proyecto general para la autoconstrucción del sujeto. La necesidad de una y otro es tan acuciante que esperemos sean pronto objeto de trabajos creativos e innovadores.

5 Ser y deber son una unidad dialéctica, dado que el ser sólo puede edificarse con y por la asunción de deberes. Por eso **"Los deberes"** de Cicerón es un manual para la autoconstrucción de la persona en esa edad decisiva que es la adolescencia.